

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**DOS GRANDES MÍSTICAS AGUSTINAS
SOR BEATRIZ ANA RUIZ Y SOR JUANA GUILLÉN**

S. MILLÁN – 2023

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

SOR BEATRIZ ANA RUIZ

Primeros años y matrimonios.

El padre Bale.

Persecuciones.

El señor Pujalte.

Visión de luces.

El demonio.

El ángel custodio.

El santo rosario.

Batalla de Almansa.

Su muerte.

SOR MARÍA JUANA GUILLÉN

Primeros años.

Entrada al convento.

La Profesión.

Maestra de novicios.

Los demonios.

Amor a María.

San Juan Evangelista.

San Juan Macías.

Su madre monja.

Eucaristía y esclavitud.

Conocimiento sobrenatural.

Éxtasis.

Don de profecía.

Providencia de Dios.

Aparición de Jesús.

Caridad.

Pacificadora.

Con los enfermos.

Enfermedad y muerte.

Curaciones por su intercesión.

CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

En este libro hemos recogido la vida de dos ilustres místicas agustinas, sor Beatriz Ana Ruiz (1666-1735) y María Juana Guillén (1575-1607). Ambas en camino de beatificación.

Sor Beatriz vivió de cerca la guerra de sucesión española entre Felipe de Anjou de la Casa de los Borbones y Carlos, el pretendiente de la Casa de los Austrias. Esta guerra sucedió, porque al morir el rey Carlos II, no había dejado sucesión. En principio fueron cinco los aspirantes. Además de Carlos de Austria y Felipe de Anjou (que fue el sucesor con el nombre de Felipe V) también aspiraban al trono Pedro II de Portugal, Víctor Amadeo de Saboya y el duque de Orleans. La vida de Beatriz la escribió el padre agustino Tomás Pérez en 1744, después de conocer bien su vida tal como se la contaron su confesor, el padre Bale, y el señor Pujalte, además de otras personas dignas de fe. El libro tuvo la aprobación de los doctores fray Nicolás Calot y fray Nicolás Lorce. El padre Tomás Pérez era maestro en Artes y doctor en teología por la universidad de Valencia y durante el reinado de Felipe V fue diputado en la Corte de España. Murió en 1755, dejando una gran fama de sabio y ejemplar religioso entre los que lo conocieron.

Por otra parte, en cuanto a la vida de sor María Juana Guillén, podemos decir que está basada fundamentalmente en la biografía que escribió el padre Gaspar Mancebón, que la conoció personalmente como confesor y refiere algunos de sus dones místicos. También hace referencia a sus experiencias como maestra de novicias, su gran espíritu de oración y de penitencia y especialmente su gran amistad con san Juan evangelista que en muchas ocasiones se le aparecía para ayudarla y consolarla.

Por supuesto que ambas anclaron su vida espiritual en Jesús Eucaristía, en el amor a la Virgen y en general a todos los santos y ángeles. Ambas tuvieron una gran devoción a su ángel custodio y fueron muy amantes de la pasión de Cristo; haciendo mucha oración y sacrificios por la conversión de los pecadores y por las almas del purgatorio.

Nota.- Al citar *Fariña* nos referimos al libro de José Agustín Fariña, *Venerable María Juana Guillén*, Valladolid, 1991.

Alonso se refiere al libro del padre Carlos Alonso, *Una gloria del Levante español*, Roma, 1971.

Y al citar *Mancebón* nos estamos refiriendo al libro del padre Gaspar Mancebón, *Vida de la Madre sor Joana Guillén*, Orihuela, 1617. Escrito diez años después de su muerte, pero habiéndola conocido personalmente el autor.

SOR BEATRIZ RUIZ

PRIMEROS AÑOS Y MATRIMONIOS

Sor Beatriz Ana Ruiz Guillén nació el 29 de enero de 1666 en Guardamar de Segura (Alicante) y fue bautizada el 4 de febrero de ese mismo año. Sus padres fueron Pedro Ruiz y Juana Ana Guill. Tuvo dos hermanos varones y desde niña se dedicó a las tareas de la casa y a las faenas del campo. Nunca aprendió a leer ni escribir. A los 14 años se casó con Francisco Celdrán y tuvo un hijo, que murió joven. Al quedar viuda, después de tres años de casada, se unió en segundas nupcias con Jerónimo Pascual con quien tuvo tres hijas. Su segundo esposo la trataba con dureza y la castigaba con severidad como si fuera una esclava, especialmente por instigación de la suegra. Los dos hermanos de Beatriz Juan y José, trataron de separarla de su esposo, pero ella no quiso. Como eran pobres, ella se dedicaba a los trabajos más bajos como era guardar cerdos. Caminaba vestida muy pobremente e iba por los montes incultos y parajes ásperos. Según su biógrafo Tomás Pérez, su alimento eran palos; su bebida, agua; y más lágrimas que agua. Su estipendio, oprobios, por los enfermizos celos de su marido. A tanto llegaron los celos de su esposo que una noche intentó matarla. El biógrafo cuenta que hacia las doce de la noche tomó un puñal en su mano, la obligó a ponerse de rodillas delante de él y, cuando levantó el brazo para hundirle el cuchillo en el cuello, sintió una fuerza extraña que le impidió asestar el golpe mortal al tiempo que decía: *Válgame Dios, qué es esto ¿Quién me detiene el brazo?* La sierva de Dios le contestó: *¿Quién ha de ser, sino Dios, que vuelve por mi inocencia? Vuélvete a Dios y pídele perdón.* El marido le prometió cambiar de vida, como parece que cumplió ¹. Este suceso se supo en todo el pueblo y todos se admiraron de Beatriz, que había conseguido convertir a su esposo de lobo en cordero.

Por las noches, solía sudar mucho, porque estaba llena de calor por dentro. Sus hijas le decían que mojaba toda la cama del sudor. El señor Pujalte le preguntó que desde cuándo tenía tanto calor interior y le dijo que desde el momento en que en una ocasión el Cristo de un crucifijo le había inclinado la cabeza al pasar como saludándola ².

¹ Pérez Tomás, *Vida de la venerable sor Beatriz Ana Ruiz*, libro 1, capítulo 2, p. 9.

² Pérez Tomás, o.c., libro 1, capítulo 12, p. 46.

EL PADRE BALE

Gracias a Dios, tuvo el consuelo de ser comprendida y ayudada por el que fue su director espiritual, el agustino padre Tomás Bale, quien la recibió como terciaria mantelata de la Orden agustiniana después de morir su segundo esposo en 1699. Ella tenía 33 años y quedaba sola con tres hijas y llena de deudas. Su único apoyo era su hijo del primer matrimonio, pero por poco tiempo, ya que se enfermó y ella tuvo que cuidarlo día y noche, muriendo él a los 20 años en 1701.

Dice el padre Tomás Pérez que, después de quedar viuda del segundo esposo, Dios permitió que fuera perseguida por los demonios, ofendida por sus parientes, infamada de sus patronos, aborrecida por los confesores de su pueblo y desamparada de todos. Los sacerdotes del pueblo creían que estaba hechizada o endemoniada, los parientes la despreciaban por ser pobre y tener que trabajar lavando ropa. A pesar de todo, encontraba tiempo para ir a misa todos los días y confesaba y comulgaba los días festivos y dos días más entre semana con permiso de su director espiritual el padre Bale. Por las noches se acostaba en el duro suelo sobre una pobre estera y pasaba la mayor parte de la noche en oración, durmiendo un máximo de tres horas. Viéndose tan necesitada, con la ayuda del padre Bale y de Miguel Pujalte, se dedicó enteramente a Dios. Dedicaba muchas horas a la oración. Hacía de su vida una continua oración, sobre todo cuando estaba sola en el campo. Se ciñó un cilicio a la cintura, que llevó muchos años, hasta que se lo prohibió el padre Bale, aconsejándole que comulgara frecuentemente y cualquier duda la consultara con Pujalte, estando él ausente.

Un día estaba Beatriz orando delante de un crucifijo y vio sobre sí dos coronas, una de flores y otra de espinas. Y oyó una voz deleitosa y suave en su corazón que le dijo: *Escoge*. Ella dijo: *La de espinas me agrada, que la de flores no la merezco, ni es para mí*.

PERSECUCIONES

El señor Pujalte refiere textualmente: Además de los palos con que los demonios le molían el cuerpo, dejándola de cabeza a los pies llena de heridas, hinchazones, rasguños y dolores, a veces le impedían la respiración. En ocasiones, la dejaban tan inmovilizada hasta en sitios públicos que no había fuerza humana capaz de levantarle un solo brazo, quedando como clavada en el suelo y sin poder articular una sola voz ³.

³ Pérez Tomás, o.c., libro 1, capítulo 5, p. 20.

Incluso sus mismas hijas no la entendían y, como adolescentes, le reprochaban su conducta, que creían iba en su deshonor. Los demonios se le presentaban con distintas formas. A veces como animales horribles o como serpientes, sapos y otros animales horribles. Incluso se presentaban dos como hombre y mujer y hacían delante de ella cosas deshonestas. Otro día se le presentó un murciélago, dándole zarpazos con las alas. En ese momento entró el señor Pujalte y vio al murciélago sobre una viga y con una palma bendita le dio un golpe. Creyó que lo había matado, pero no lo encontró en ningún sitio ⁴. En ocasiones los demonios con el permiso de Dios daban gritos y decían horribles blasfemias contra Dios, la Virgen y los santos ⁵.

EL NIÑO JESÚS

Sin embargo, también muchas veces se le presentaba el Niño Jesús en la hostia consagrada y ella se sentía feliz al verlo y su corazón se llenaba de alegría y amor. En sueños y éxtasis se le presentaba el Niño Jesús y la llevaba en espíritu por diferentes lugares del mundo. Incluso el Señor la enviaba frecuentemente a las Indias y a remotas provincias de infieles a ejercer el ministerio de un apóstol, instruyéndoles en la fe y dirigiendo sus pasos por el camino de la verdadera paz ⁶.

Era tan fuerte su deseo de salvar almas que deseaba ir a América a predicar la fe entre los infieles. Un día dijo: Esta noche rogué al Señor como de costumbre por todas las criaturas, que a los cristianos les conserve en su gracia y amistad, y a los infieles que los traiga a su estado, dándoles conocimiento para que sigan la fe volviéndose cristianos. Después quedé dormida y en sueños guióme el Niño Jesús por todo el universo mundo y vi todas las criaturas, hombres, niños y mujeres ⁷.

EL SEÑOR PUJALTE

Como el padre Bale no vivía permanentemente en Guardamar, sino que era Prior del convento de agustinos de Orihuela o de Valencia, dejó encargado de su dirección espiritual al secretario del ayuntamiento de Guardamar, el escribano Miguel Pujalte, que era padre de familia numerosa y vivía con su esposa e hijos. Era un hombre muy cristiano y espiritual y el padre Bale le encargó que escribiera todo lo que ella le manifestara de sus experiencias espirituales. El señor Pujalte fue para ella como un padre y le ayudó en todas sus necesidades. Él

⁴ Ib. libro 1, cap. 7, p. 28.

⁵ Ib. p. 30.

⁶ Ib. libro 1, cap. 14, p. 51.

⁷ Ib. libro 1, cap. 14, p. 52.

le escribía frecuentemente al padre Bale sobre su dirigida, contándole sus experiencias. Por su parte el padre Bale consultaba sobre estas experiencias místicas en el obispado de Orihuela e incluso en el arzobispado de Valencia, según donde se encontrara. Cuando el señor Pujalte quedó viudo, al morir su esposa María Aldeguer de sobreparto, pensó en serio sobre la visión de Beatriz que lo había visto como sacerdote. Ella le dijo claramente que Dios quería que fuera sacerdote y ciertamente llegó a ordenarse sacerdote y como tal la dirigió algunos años. Él, con toda su buena voluntad, la llevó a Beatriz a vivir a su casa con sus tres hijas, pero la gente pensó que convivía con ella y tuvo que buscarle una habitación en el hospital. Él mismo escribió un librito con 93 visiones místicas de sor Beatriz.

Cuenta el padre Tomás Pérez que en una oportunidad Miguel Pujalte se dirigió a su casa y no encontró más que una estera de esparto para dormir ella y no tenían otro alimento para ella y sus hijas que unas hierbas recogidas en el campo, porque los demonios le habían privado del ejercicio de lavar la ropa que era de lo que se mantenían y no se atrevía a salir de casa a pedir limosna, porque sus parientes la aborrecían y los demás se burlaban de ella. A pesar de ello, vivía con la mente fija en Dios, ya estuviera barriendo, cocinando o durmiendo.

Respecto a la castidad, Pujalte nos dice que, después de muerto su segundo marido, ella ofreció a Dios con voto privado la castidad y este voto lo recibió su director el padre Bale. Precisamente el padre Bale, para fortalecerla en la humildad, a veces le exigía ser obediente y le privaba de lo que más quería: de la confesión y comunión.

VISIÓN DE LUCES

El sacerdote Domingo Catalá fue uno de los que le ayudaron a Beatriz en sus necesidades materiales, a pesar de las calumnias de la gente. Cuando ella supo que se iba a morir, acudió a su casa de Orihuela para atenderlo en su última enfermedad hasta su último momento. Y ella vio, al momento de expirar, que de su rostro salió una luz que iluminó todo el cuarto y ella, quedando en éxtasis, entendió que había sido salvado.

Un día había una mujer en el pueblo que estaba de parto y parió un niño y, después de estar en cama algo sosegada, a las pocas horas dióle un trastorno y, viendo que por instantes se le acababa la vida, se confesó y al poco rato murió. Y hallándose presente Beatriz, vio la luz que acostumbraba ver en los que expiraban con una crecida claridad que le arrebató el espíritu, quedando en suspensión. Entendió que fue salva su alma, porque la vio toda llena de resplandores. Y Beatriz, esa misma tarde, llevó al niño a que recibiera el agua del

bautismo al templo. Vio también aquella misma noche en sueños (éxtasis) que la misma alma estaba padeciendo acerbísimos tormentos en el purgatorio. Y, aunque vio a muchas almas padecer, puso su mayor atención en ella y, movida de compasión, quiso cumplidamente ejercitar su caridad por la mucha que en Beatriz había usado la difunta mientras vivió, tomando a su cargo el padecer por ella todos aquellos tormentos de que se lamentaba. Su caridad le dio ocasión de padecer tan crecidos castigos y tan excesivas fatigas que ni yo ni los sacerdotes pudimos contenerla y lo más del día lo pasaba en el templo, llorando y suspirando ⁸.

Eso mismo hizo con la esposa de Miguel Pujalte, María Aldeguer, cuando murió y vio que padecía acerbos dolores en el purgatorio. Sufrió en su lugar para que pudiera ir al cielo lo antes posible.

Un día después de haber confesado, al momento de recibir la hostia santa, vio salir de ella tres luces de igual hermosura y grandeza y sobre sí una gran claridad. Quedó en éxtasis y entendió que aquellas tres luces se referían a las tres divinas personas, que concurren en el divino sacramento del altar. En adelante, siempre que comulgaba, veía esas mismas luces, que se le introducían en su pecho con el divino pan sacramentado. Y de aquí quedó más enamorada del Señor con vivas ansias de agradarle más y de recibirle sacramentado en su corazón ⁹.

EL DEMONIO

Una vez Satanás se le presentó como ángel de luz, pero con voz exterior sensible y le dijo: *No estás bien confesada*. Ella se turbó y un día se postró ante un crucifijo y empezó a decirle: *Señor, me dicen que no estoy bien confesada. Vos lo sabéis. Decidme por vuestro amor si estoy o no bien confesada. Y Jesús, desde el crucifijo inclinó su cabeza, quedando ella con mucha paz interior* ¹⁰.

Cuando iba a visitar enfermos, en especial moribundos, el Señor le dio la gracia de ver en unos una luz que salía de su rostro, que le causaba mucho gozo; pero en otros veía una sombra que le causaba particular tristeza, entendiendo así el agrado o desagrado del Señor para rogar por ellos ¹¹. Cuando veía sobre el moribundo al tiempo de expirar o después sobre el cadáver, una densa sombra y sentía en su ánimo una gran pena, entendía la infelicidad de esa alma ¹².

⁸ Ib. libro 1, cap. 26, p. 91.

⁹ Aparicio López Teófilo, *Beatriz Ana Ruiz*, Ed. Estudio agustiniano, Valladolid, 1989, p. 90.

¹⁰ Ib. cap. 3, p. 151.

¹¹ Ib. libro 1, cap. 16, p. 59.

¹² *Ibidem*.

Refiere Beatriz: *Un día quedé dormida (éxtasis) y me vi sobre una viga muy estrecha y de uno y otro cabo la meneaban para que yo cayera. Conociendo el peligro en que estaba, me así fuerte de ella y reparando hacia bajo, vi un abismo oscuro y tenebroso y que yo solo estaba sostenida por un hilo muy delgado. Se me aparecieron los demonios en forma de etíopes (negros) y me causaron gran temor. Me decían: Malvada, ya llegó la hora de tu muerte. Ahora pagarás el daño que has hecho con tus engaños. No te escaparás, porque eres nuestra. De pronto, se me representaron todas las maldades cometidos en el curso de mi vida sin encontrar cosas buenas hechas en servicio del Señor.*

Y decía: *No permitas que vuestra hija se pierda. Muy ofendido os tengo y justamente me castigáis, pero no dejo de esperar en Vos.* Y el Señor me dio la mano y aseguró la viga. Desperté con mucha palidez y temblor de todo mi cuerpo y entendieron los presentes que me moría. Me dieron el Viático y después de haber recibido al Señor, me rodeó una gran claridad y quedé en suspensión, gozando de la dulzura, suavidad y fragancia de tan sabroso bocado. Y oí la voz del esposo que me dijo: *Querida mía, no temas, que en ti estoy, yo te defenderé. Gózate de mi amor, pues me das calor. Gózate de mi blandura, pues me das de tu hermosura...* Por la noche fui visitada por el divino Niño y dejó mí cuarto lleno de gran claridad. Y vi entrar también a la señora Santa Rita de Casia, mi abogada, con hábito de la esclarecida Orden agustiniana y me consoló.

EL ÁNGEL CUSTODIO

Un día, después de mejorar de algunos achaques, dice: Me sentí con fuerzas para ir al templo a dar gracias al Señor y recibir el soberano sacramento de la penitencia y la comunión. Saliendo de casa, fui guiada por una clara y brillante luz a modo de antorcha. Entré en el templo y aquella luz se me puso al lado derecho. Confesé mis culpas y, pasando a recibir el divino sacramento, uní la comunión a todos mis hermanos ¹³. Recordemos que esa luz que la guiaba era su ángel.

Anota: *El día de Carnestolendas salí de casa para ir al templo a Vísperas solemnes como es costumbre todos los años en esta iglesia y, al salir a la calle, se me manifestó (como siempre) la antorcha encendida de mi guía con más crecido resplandor y lucimiento que otras veces. Guiada por esta luz, entré en el templo y fui rodeada de muchas claridades que, como estrellas, brillaban sobre mí. Al tomar agua bendita y persignarme, se me manifestó el santo ángel de mi guarda en forma de un gallardo mancebo con vestidura blanca y me acompañó*

¹³ Ib. libro 11, cap. 40, p. 175.

hasta el altar mayor, estando a mi derecha. Me arrodillé ante el altar y veneré al divino sacramento y después me volví al santo ángel y le incliné la cerviz, dándole gracias. Me correspondió y se me quedó al lado en forma de un clara luz ¹⁴.

Cuando el sacerdote expuso el Santísimo sacramento en la iglesia, dice: *Salieron con velocidad tres luces de una misma igualdad y, aunque otras muchas veces vinieron a mí al tiempo de recibir la comunión, esta vez causaron en mí novedad, porque no le había de recibir. Se entraron en mi pecho y concebí tal suavidad y fragancia que quedé como turbada y creció en mí tal calor, que mi corazón se abrasaba en amor de aquel divino Señor sacramentado. Y, al mirar la blanca hostia del viril, vi en ella a mi dulce tierno Niño Jesús con gran resplandor, grandeza y hermosura y con multitud de espíritus celestes dentro del sagrario, que le cantaban alabanzas y rendían veneraciones que no es capaz mi lengua de explicar* ¹⁵.

Otro día, cuando terminó la misa, me levanté, aunque sin ganas, y me vine a mi casa, acompañada de una luz hasta la puerta del templo donde me despedí y dejé mi corazón al divino sacramento, porque en él quisiera estar toda mi vida para poderle adorar. Un sábado estaba en el templo y vi pasar a un sacerdote por delante del altar mayor sin hacer acatamiento y, de pronto, se me manifestó mi ángel de la guarda en forma de un gallardo mancebo y con vestidura blanca. Se hincó de rodillas y fue tal su inclinación que llegó a besar el suelo. Y del sagrario salió una luz y en las manos del ángel se detuvo y en las del sacerdote había una sombra. Esto, como evidencia de la reverencia que se debe hacer al pasar por delante del divino sacramento y cuánto desagrada al Señor la irreverencia de sus ministros. También vi al tiempo en que se hacía una misa cantada que salían todos los capellanes vestidos con sus ropas de coros, pero sin luces. Y al lado derecho de cada uno estaba su ángel de la guarda, vestido de blanco y con antorchas encendidas en sus manos. Hicieron su acatamiento (inclinación) y todos se arrodillaron. Y al tiempo de abrir el sagrario, salió una crecida luz que alumbró toda la iglesia ¹⁶.

Y vi también dentro del sagrario una infinitud de luces y dos serafines con luces en sus manos y, sobre todo, muchos ángeles incensando. Y en lugar de humos, los incensarios arrojaban claridades, a modo de perlas muy brillantes ¹⁷.

¹⁴ Ib. libro 1, cap. 41, p. 190.

¹⁵ Ibídem.

¹⁶ Ib. libro 1, cap. 44, p. 193.

¹⁷ Ib. p. 194.

EL SANTO ROSARIO

Nos dice Beatriz: Anoche rezando el rosario a María Santísima nuestra madre a mi puerta como acostumbramos los vecinos que suelen venir, quedé en suspensión (éxtasis) y vi al demonio que amontonaba tierra y la tiraba a los ojos de los que rezaban. Y tomó tanta impaciencia que, tomando un gran montón de aquella tierra, la tiró a uno de los devotos y lo llenó todo de polvo. Le dije a Satanás: *¿Qué intentas hacer con ello?* Me respondió: *Deslumbrar a estos para que no atiendan a las canciones que dicen, porque me sirven de tanta pena que no lo puedo tolerar. Y es tanto el furor y enojo que tomo, en estas juntas que los cristianos hacen, que quisiera acabar con todo el mundo, porque se me apartan las almas de mi dominio y a mí me sigue mucha pérdida en mi reino, que si no fuera por estas reuniones que hacen y las palabras que dicen, se me escaparían muy pocas de mis garras. Y de esto hace mi indignación.* Le pregunté qué demonio era y respondió: Soy Luzbel, príncipe de las tinieblas ¹⁸.

Otro día tuvo la visión de una persona que rezaba el rosario en la calle, caminando. Como yo estaba sentada a la puerta de la casa, me quiso manifestar el Señor el gusto que le da tan santa devoción. Y vi que luego que empezó esa persona a rezar el rosario, se le puso delante una luz a modo de antorcha que le iba alumbrando. A su lado derecho vi una Señora con un niño en sus brazos que, según sus resplandores y belleza era María Santísima con su precioso Hijo. Se acercó al devoto y de las avemarías que salían de su boca se formaban rosas y, tomándolas la Virgen, las depositaba sobre las faldas de su Hijo ¹⁹.

Otra vez celebraron una procesión y todos iban rezando el rosario. Nos dice: *Vi la procesión salir del templo y vi sobre los vientos una suprema claridad y en ella a María Santísima con su santísimo Hijo Jesús en los brazos, rodeada de ángeles y de encendidos serafines. Su oficio era presentarle a la celestial reina lirios, rosas y azucenas, que se formaban de los padrenuestros, avemarías y Glorias. Y la Virgen los recibía y con sus cándidas manos formaba unas coronas muy vistosas y muy lucidas y a Jesús se las ponía en la cabeza. El Niño Jesús las miraba, tomándolas en sus manos y se gozaba con ellas y la Virgen las volvía a poner en sus faldas. Los ángeles las tomaban y veloces las subían a la altura. Y al pasar por la puerta de mi casa, entró María en mi cuarto y me dijo: “Aquí traigo la corona que para ti he formado, para que no pierdas el fruto. Tenla bien, no se te caiga”. Y la puso en mi cabeza y se fue diciendo: “Queda en paz”* ²⁰.

¹⁸ Ib. libro 1, cap. 49, pp. 215-216.

¹⁹ Ib. p. 117.

²⁰ Ib. p. 118.

BATALLA DE ALMANSA

Nos dice Miguel Pujalte: Hallábase también en las batallas y en las inquietudes de los pueblos y Consejos, así eclesiásticos como seculares, porque para todos deseaba la quietud y paz. Un día me manifestó: Está noche he estado en tal ciudad y en tal parte, Consejo o iglesia. He visto muchas cuestiones y trabajos. Encomendémoslos a Dios. Un día me anunció: Esta tarde estaba yo rogando al Señor por la paz de la monarquía (de España) y quedé como dormida en una llanura en donde había muchos escuadrones de soldados hechos a dos parcialidades, que unos a otros se tiraban a matar, sucediendo muchas muertes. Ella, movida de su caritativo celo, acudía a remediar aquellos daños y se metía entre ellos y vio al Señor retirado, mirando aquella batalla. Y después de muy fatigada, acudió adonde estaba el Señor y le dijo: *Señor, remediad estos daños y dadnos la victoria.* Y él le dijo: *Trabájalo tú que aquí te ayudaré.* Y volvía a introducirse entre aquellos escuadrones y, viendo que no cesaba la batalla, volvió al Señor y le dijo: *Basta ya, Señor, tened misericordia de nosotros.* Y levantando el Señor su divina mano, se serenó todo y unos se pusieron en fuga y otros quedaron por dueños del campo, dándole a conocer que nuestro rey quedaba vencedor. De esto quedó muy consolada por el grande afecto que le tenía, ya que siempre me decía que estaba rogando por él y por la quietud y paz de la monarquía. Y a pocos días nos vino la noticia de Almansa y el día y hora en que sucedió y pude conjeturar que en aquel tiempo estaba Beatriz en su sueño o suspensión ²¹. Estuvo probablemente en la batalla en bilocación.

En las turbaciones pasadas de la guerra se afligía mucho por los crecidos trabajos que se padecían en el pueblo y rogaba a Dios por la quietud y siempre que había de venir algún daño o trabajo a esta villa de soldados, pagamentos, extorsiones y demás, que han ocurrido, no pocas veces, ella veía de noche lo que había de suceder al otro día, manifestándose la inquietud en el pueblo. Y las mujeres se asustaban por la experiencia que tenían de tener inquietud y turbación. Y a mí me decía: *No dejará de haber inquietud, manifestándome lo que aquella noche había tenido.* Cuando estuvo esta villa (Guardamar) bloqueada del enemigo, vio en sueño (éxtasis) que la combatían y tiraban muchos tiros, mas no pudieron abrir brecha. Y al otro día llegó el sitio y todos los vecinos se retiraron a la iglesia y los soldados coronaron el castillo y murallas y, estándola combatiendo, lloraban y se afligían, y ella como una leona entre todos, iba diciendo: *Nadie se aflija, que no será nada con el favor de Dios, que nos asiste. Y me dijo que iba rodeada de claridades.* Y al otro día se retiró el sitio con

²¹ Ib. libro 17, cap. 17, p. 61.

ignominiosa fuga, dejando las escalas que traían para escalar la muralla y todo quedó libre y sin ninguna desgracia ²².

Otro día me dijo que se había hallado entre unas montañas y riscos y vio venir un teniente a caballo, que estaba casado con una hija de este pueblo de Guardamar, llamado Cristóbal Denia, venía con otros compañeros con sus caballos y, al pasar por un estrecho, les asaltaron sus contrarios y dieron con ellos a escopetazos. Y este teniente invocó a la Virgen de la Soledad y dijo: *Valedme*. Y su caballo se desbocó y dio por aquellos riscos y montañas y sin recibir daño se libró de aquel peligro. De sus compañeros, a uno mataron, y le vio rendido en el suelo, y a otros los hirieron y maltrataron. Y vio que la Virgen asistía al teniente. A los pocos días, vino el referido teniente y contó lo sucedido en la misma forma que Beatriz me lo había declarado ²³.

SU MUERTE

Beatriz, después de guardar cama varios días enferma, se despidió de las personas conocidas y pidió la comunión, que el padre Pujalte le administró. Al día siguiente, recibió la unción de los enfermos y se quedó como extática. Después volvió en sí, abrió los ojos, abrió los labios y entregó su alma a Dios. A continuación la amortajaron con un hábito que le enviaron de limosna las monjas agustinas del convento de San Sebastián de Orihuela, pues el que llevaba en vida estaba tan viejo y remendado que lo consideraron indigno hasta para la mortaja. Murió en Guardamar en una habitación del hospital Santa Lucía.

Pujalte relata que en una visión, que él mismo escribe entre la 62 y 66 en su manuscrito, Dios le dio a entender la hora de su muerte, repetida dos días antes de su grave y última enfermedad. Pujalte, ya sacerdote, fue quien estuvo presente a su cabecera en el momento de su muerte. Nos dice que hubo un momento en que parecía que iba a expirar y el padre Pujalte recitó en voz alta el salmo en que se dicen esas palabras que Jesús pronunció en la cruz: *En tus manos encomiendo mi espíritu*. Y en ese momento entregó su alma a su Creador el día de santa Ana, 26 de julio al mediodía del año 1735, a los 69 años de edad ²⁴.

Luego que murió trataron de amortajar su cadáver y lo hallaron flexible y suave y como que animaba a tratarle, mirarle y admirarle en vez de aquel natural horror que suele causar quien acaba de morir. Amortajáronle con un hábito de limosna, que le enviaron de Orihuela. Murió al tiempo que en el pueblo de

²² Pérez Tomás, *Vida de la venerable sor Beatriz Ana Ruiz*, Valencia, 1744, pp. 61-62.

²³ *Ibidem*.

²⁴ *Ib.* libro 1, cap. 53, p.239.

Guardamar se celebraban las fiestas en honor del apóstol Santiago, titular de la parroquia.

Como los de su pueblo por estar en fiestas, no le hicieron mucha atención a la hora del entierro, después, arrepentidos, reconociendo su santidad, celebraron cinco meses después, el 29 de diciembre de 1735, solemnes exequias, con túmulo majestuoso, banda de música, con misa solemne y sermón espléndido a cargo del padre carmelita Matías Boix. El padre Tomás Pérez refiere varios casos de curaciones o hechos extraordinarios, mientras estuvo de cuerpo presente y después de su entierro. Dios concedió muchos favores a Orihuela, Murcia y otros lugares. Y en su pueblo, la llamaban la santa de Guardamar. Su Proceso de canonización está en camino.

SOR MARÍA JUANA GUILLÉN

PRIMEROS AÑOS

Nuestra hermana María Juana Guillén nació en Orihuela (Alicante) el 27 de diciembre, fiesta de san Juan evangelista, del año 1575. Sus padres fueron Honorato Guillén y Ana Ramírez, ambos muy temerosos de Dios y buenos cristianos. Después de tres años de matrimonio, Dios les concedió esta única hija, a quien pusieron por nombre Leonor Juana (Juana por haber nacido el día de san Juan evangelista). Fue bautizada en la parroquia de Santiago de Orihuela al día siguiente, 28 de diciembre. Sus padrinos fueron Jaime Rausell y Águeda Pérez. Recibió la confirmación en su misma parroquia de manos del obispo Tomás de Alsión el 3 de febrero de 1581 con 5 años. Su padre murió el 22 de marzo de ese mismo año dejando desoladas a madre e hija. A los 10 años hizo voto de perpetua virginidad. Cuando oraba en su casa y a veces oía mucho ruido y aullidos y bramidos de bestias. Y hasta se le presentaban los demonios con figuras espantosas. En una ocasión, acudió a su madre asustada, y diciendo: Madre, que me quieren dañar, pero se serenó y regresó diciendo a su madre: *Madre, déjeme a mí sola con el demonio que no ha de poder él más que yo y confío en mi Señor Jesucristo, que me ayudará y dará fuerzas para vencerlo.* A veces, cuando abría su devocionario, encontraba unos escarabajos grandes y feos de lo que se maravillaban los testigos ²⁵.

Como Juana era hermosa y agraciada, tuvo muchos pretendientes, alguno hasta pensó en secuestrarla. Otros pensaron en que anulase su voto de virginidad. Y no faltaron quienes acudieron a su madre para que en virtud de la obediencia aceptara su consentimiento de matrimonio, pero ella respondía a todos y cada

²⁵ Fariña, pp. 14-15.

uno: *Todos los contentos del mundo, comparados con la inmensa dicha de ser esposa de Jesucristo, son menos que nada y yo soy feliz consagrando al divino esposo mi virginidad* ²⁶.

Para evitar compromisos, un día se cortó sus hermosos cabellos rubios, y hacía mucha penitencia por amor a Jesús. Su madre, después de tanto insistirle y no poder doblegarla, al final consintió en darle el permiso para repartir sus lindos vestidos y joyas entre pobres y vergonzantes doncellas, dándole permiso para entrar en un convento. También repartió vestidos a algunos templos para convertirlos en vestiduras sagradas y con sus manos tejía y bordaba corporales y ornamentos. Cuando había enfermos cerca, se adelantaba al sacerdote, preparaba la casa y perfumaba el ambiente para que, al llegar el sacerdote, fuera bien recibido; sobre todo si llevaba la comunión. Como era una líder entre sus amigas, las reunía y juntas rezaban el rosario y cantaban himnos y villancicos al Niño Jesús y a la Virgen María.

Cuando salía a la iglesia, iba siempre acompañada de su madre o de la joven Serafina Martínez, a quien su madre había tomado para servicio en la casa. Serafina fue siempre, una buena amiga de Juana y con ella recitaba las oraciones. Un día la seguiría al convento, después que Juana pagó por ella la dote correspondiente.

En la parroquia de Santiago donde iba todos los días a misa, participaba en algunas labores, especialmente cantando. El padre Francisco Martínez, que era el párroco, le había dado algunas lecciones de canto y le había prestado un cantoral de la parroquia. Cantaba en las vísperas de las grandes fiestas y lo mismo en las misas solemnes.

Inés de Rocafull que fue franciscana y dio su testimonio en el proceso de canonización aseguró que era muy amiga de Juana y que, a veces, las vísperas de las grandes fiestas se quedaba a dormir en su casa para madrugar al día siguiente e ir a misa. Ella misma dice saber por boca de Juana que se levantaba a buena hora todos los días para hacer oración y perduraba largo rato en ella. Algunos testigos hablan de dos y tres horas, pero los días de fiesta era más el tiempo dedicado a la oración.

ENTRADA AL CONVENTO

Cuando decidió entrar a un convento, pensó primero en la Orden de Santo Domingo, pero no había dominicas en Orihuela. Estaba preparada para entrar en las clarisas, pero no lo realizó sin saberse las causas. En Orihuela había convento

²⁶ Fariña, p. 18.

de agustinos y recién en 1592 fundaron un convento las agustinas de Bocairente y en ese convento de agustinas se resolvió por fin. Ingresó al monasterio de San Sebastián de monjas agustinas de Orihuela el 15 de mayo de 1597 con 21 años y de inmediato comenzó el año de noviciado, en que se enseña a las novicias a rezar el oficio divino y cuáles son sus deberes y obligaciones como religiosas, conociendo la Regla de San Agustín y las Constituciones o normas por las que se regirán. Siendo novicia, hizo voto de no hablar con nadie de fuera del convento, pero el padre provincial le dijo que no podía hacerlo y tuvo que renunciar a su deseo de hablar solo con las religiosas de su monasterio y con Dios, porque ni siquiera quería hablar en principio con su madre. Este voto lo pudo hacer y con permiso de sus Superiores dos años antes de morir, cuando ya su madre había muerto en ese mismo convento como religiosa.

LA PROFESIÓN

El día de su profesión perpetua hizo los tres votos de castidad, pobreza y obediencia. Era el 18 de mayo de 1598 y predicó el padre Alonso de Salcedo, Prior del convento de agustinos de Murcia. A partir de ese día, su deseo de ser santa se acrecentó y puso en las paredes de su celda unos papeles con palabras de la Escritura y en concreto algunas del Cantar de los Cantares como la que dice: *Mi amado es todo para mí y yo toda para mi Amado*. Desde su profesión, cada día que podía ir a comulgar, renovaba sus tres votos. En ese tiempo no se acostumbraba hacerlo todos los días y ella con permiso de los confesores lo hacía tres veces por semana, y en las fiestas principales de la Iglesia, de Jesús, de la Virgen o de algún santo especial.

Recordemos que al ingresar al convento debió cambiar su nombre de Leonor Juana por el de María, ya que no se permitía que hubiera dos religiosas con el mismo nombre, y ya había una con el nombre de Juana. Ella quedó con el nombre de María Guillén. Sin embargo, podemos adelantar que, después de su fallecimiento, el obispo de Orihuela, al considerarla como una santa, decidió por decreto que recuperara su nombre original y así se le comenzó a llamar y ahora se le llama sor María Juana Guillén.

Había en el convento una niña de 9 años, llamada Ana María Pastor, y siempre estaba observando a Juana y le decía: *¡Quién pudiera ser santa como usted!* Y ella le respondía: Dice la Iglesia en el Gloria: *Tú solo santo. Solo Jesús es santo. Por eso, a él solo seguirás e imitarás* ²⁷. Juana era de estatura mediana, cabellos rubios, tez blanca y colorada. La nariz delgada y larga, algo aguileña, la boca muy graciosa, los labios delgados, colorados e iguales. Los dientes

²⁷ Mancebón, p. 45.

menudos y blancos, los dedos largos y las manos muy blancas ²⁸. Su presencia era de una mujer bella y atractiva.

MAESTRA DE NOVICIAS

El provincial fray Juan Andreu, con el parecer de las religiosas más antiguas, la nombró Maestra de novicias ²⁹. Tenía 26 años y no quería ese puesto, pero aceptó por obediencia. Después de cenar, sacaba a las novicias a la huerta en verano y les daba alguna plática o les leía algún libro devoto. A veces, cogía una flor y se la daba a oler y les decía: *Si huele tan bien y es tan hermosa a la vista cuánto más hermosas serán las virtudes para Dios. Seamos el buen olor de Dios.* Otras veces cogía una hoja de los árboles y decía: *Veis con qué alegría alaban al Dios que las crió, nosotras también debemos alabarlo.* Y siempre las animaba a amarse entre ellas, pero sin tener amistades particulares. Cuando barrián, debían recordar a la Virgen María que lo hacía en su casa de Nazaret. Cuando cogían la basura, debían pensar en que eran piedras preciosas, pues se recogían por obediencia. Cuando amasaban el pan, debían pensar en la Virgen María que también lo había hecho ³⁰. Les exigía que siempre fueran bien limpias y, si veía alguna mancha, las reprendía. Cuando leían algún libro devoto, debían hacer una cruz sobre el libro y otra sobre sí mismas.

Por su parte, ella era un ejemplo de austeridad y penitencia para todas y ayunaba frecuentemente, deseando ser mártir por amor a Dios. Como era débil de salud, cuando estaba enferma, les pedía que la encomendaran a Dios. Un día, fiesta de San Lorenzo, considerando lo que había sufrido, quemado en la parrilla, les dijo: *¡Quién pudiera morir como san Lorenzo, abrasada entre las llamas por amor a Dios!* Su gran devoción era la pasión del Señor y todos los días meditaba en ella y en las llagas de Jesús.

Amaba mucho a las almas del purgatorio y todas las noches rezaba un responso y ofrecía todas las buenas obras de los lunes por ellas.

Cuando llegaban los carnavales, estaba triste, porque la gente ofendía mucho a Dios y confesaba y comulgaba todos los días, se daba disciplinas, ayunaba y lloraba para reparar los pecados de la gente.

²⁸ Ib. p. 46.

²⁹ Ib. p. 48.

³⁰ Ib. p. 63.

En su vida privada era devotísima de la Santísima Trinidad. Rezaba las tres partes del rosario en honor de las tres divinas personas. Rezaba tres padrenuestros, tres avemarías y tres salves todos los días en honor de la Trinidad.

Era muy devota de todos los santos en general; pero en especial tenía con nombre personal a 5 patriarcas, 5 profetas, 5 apóstoles, 5 mártires, 5 doctores, 5 abades, 5 vírgenes y 5 santas mujeres. Les decía a las novicias que no debían olvidar nunca a su ángel custodio y debían acudir a los santos y a los ángeles para que les ayudasen en todo lo que hacían. En su oración vocal repetía frases de la Escritura o jaculatorias. Cuando hacía trabajos en la comunidad, le gustaba cantar himnos, aunque fuera en voz baja para mantener vivo el fuego del amor a Dios.

Cuando debía corregir a alguna novicia, esperaba al capítulo de culpas, que celebraba los miércoles de cada semana. Antes de ir, ella se preparaba con una oración de tres horas y así, inflamada en el amor de Dios, daba exhortaciones, correcciones o lo que fuera necesario, de modo que todas se sentían inclinadas a mejorar su conducta y se acusaban de sus propias faltas sin temor al qué dirán. Para todas era como una madre en quien podían confiar y contarle sus problemas para recibir consejos.

Después de tres años de maestra de novicias, los Superiores, al ver su debilitada salud, la eximieron del cargo.

LOS DEMONIOS

Los demonios la empezaron a atacar desde que tenía 10 años. Se le presentaban para espantarla bajo figuras horribles y así alejarla de la oración. Siendo religiosa un día entre las 12 y la 1 de la noche subió a los desvanes del dormitorio que estaba sobre la iglesia con otras dos religiosas para tener disciplina de sangre. Entraron sin luz y oyeron unos ruidos espantosos con visiones de demonios. Las dos compañeras huyeron aterrorizadas. Ella se quedó y sin darles importancia hizo oración. Al final se le apareció el Señor como estaba en el Calvario ³¹. También vino la Virgen María, estando como apartada de Jesús unos 40 pasos y también vio al apóstol san Juan evangelista, su amigo predilecto. Los demonios desaparecieron. Así como estaba Jesús en el Calvario, se le apareció en diversas ocasiones para enseñarle a sufrir por los pecadores. Pero los demonios con permiso de Dios la siguieron molestando durante muchos años y ella los rechazaba con la señal de la cruz y ofreciendo con paciencia sus molestias por amor a Jesús.

³¹ Mancebón, p. 231.

AMOR A MARÍA

El Viernes Santo acompañaba a María en su soledad, deseando ver a Jesús resucitado. En espíritu fue a visitar a María en compañía de los santos Padres, Patriarcas y profetas y vio a María llena de contento y resplandor cuando Cristo resucitado se le apareció la Virgen besó las llagas de Cristo y también lo hicieron otros santos. María pidió permiso a Jesús para que Juana también pudiera besar sus llagas y él se lo concedió.

En su última enfermedad, el día de la Resurrección de Jesús , no podía bajar a comulgar y se le apareció Jesús resucitado y san Juan evangelista y le dio a besar sus llagas. En otra enfermedad que tuvo con muchos dolores de costado vinieron a visitarla la Virgen María y san Juan, y la sanaron, levantándose sana y buena.

Amaba mucho a la Virgen María y dos veces le ofreció con voto su pureza. En sus fiestas ayunaba y oraba más que otros días. Trataba de darles realce adornando sus imágenes y saludándola en cada imagen que veía de María. Y cada día le ofrecía el rosario completo y el Oficio de la Virgen.

SAN JUAN EVANGELISTA

El apóstol san Juan evangelista fue su amigo predilecto entre todos los santos. A una religiosa le contó que un día se le presentó san Juan y la llevó al cielo la víspera de una fiesta de María y vio a María hermosísima y su alma se sintió tan feliz que no lo podía explicar ³². Un año antes de su muerte, estando en el coro cantando la Salve, vio a María y a todos los moradores del cielo que cantaban también la Salve ³³. Y durante esa Salve, cantaron también como solistas san Juan Evangelista y santa Catalina mártir. Cantaron solo *Oh clemente, oh piadosa* y todos los santos respondieron: *Oh dulce Virgen María* ³⁴.

Otro día reveló en tercera persona lo que le había sucedido y dijo que a un alma san Juan el mismo día de su fiesta la llevó al cielo y vio a todos los santos en una solemne procesión, todos vestidos de blanco, con palmas en las manos, inclinadas sobre sus hombros, y san Juan le dio una palma y, en ese momento, Jesús, el Cordero de Dios, mandó que la admitieran en la procesión ³⁵.

³² Mancebón, p. 268.

³³ Ib. p. 269.

³⁴ Ibídem.

³⁵ Ib. p. 273.

El día de la Exaltación de la santa Cruz, dos años antes de su muerte, san Juan la llevó al cielo y vio otra procesión. El Cordero divino llevaba el estandarte de la Cruz. Seguían todos los santos con palmas y cruces y adornados con flores. A ella le dieron una cruz y con ella fue también en la procesión entre las vírgenes. El día del glorioso santo Tomás de Aquino, 7 de marzo de 1607, estando ya en cama, enferma de su última enfermedad, habló tan bien del cielo que todas las religiosas quedaron asombradas, porque sentían que hablaba por experiencia. Año y medio antes de morir, san Juan evangelista la llevó de nuevo al cielo y vio a los santos en un hermosísimo jardín. Todos tenían flores en las manos de mucha hermosura y variedad y vio a la Virgen María con un ramo de azucenas. San Juan le dijo que cogiera flores e hiciera un ramo a su gusto. No se atrevió a ofrecerle el ramo que hizo al Padre celestial y le pidió a san Juan y a san Agustín que se lo ofrecieran ellos en su nombre y el Padre eterno lo recibió contento y ella quedó con sumo gozo y alegría.

Ella celebraba solemnemente la fiesta de san Juan todos los años con mucha devoción y le ofrecía todas las buenas obras de aquel año para que él las presentara al Padre celestial. El día 6 de mayo, tiempo de flores, adornaba el altar de su celda ante una imagen de san Juan evangelista con muchas flores, sobre todo azucenas, y encendía muchas luces y perfumaba el ambiente y todas las religiosas podían entrar a verlo y orar con ella al santo.

Cuando comulgaba llevaba a sus costados a san Juan y al santo de la fiesta del día y, si no, a san Agustín. Delante de ella iba la Virgen y su ángel custodio y muchos santos y ángeles. Un día dio a entender que había visto a San Agustín vestido con capa blanca y con una cadena de oro al cuello.

Pocos días antes de morir le dijo a la Priora: *El santo evangelista me ha consolado, visitado y regalado muchas veces con su presencia y en esta enfermedad, muy en particular.* Su confesor, el padre Francisco Martínez, dijo: *En una enfermedad de muy grande dolor de costado le dijo el médico que ella moriría aquella misma tarde, y cerca de la medianoche se le apareció el santo y la consoló y le dio la salud* ³⁶.

El santo le dijo: *De esta enfermedad no morirás. Prepárate para otra. Ella le manifestó que después de Dios, no había recibido tantos regalos y consuelos como los de San Juan glorioso evangelista.*

El 6 de mayo de 1607, fiesta de san Juan ante la Puerta Latina, Juana estaba muy enferma y llevaba mucho tiempo en cama. Ese día se levantó asistió

³⁶ Ib. pp. 285-286.

al coro, comulgó con las demás religiosas y participó en los oficios del día y, como afirma sor Josefa Arqués, cantó con tanta energía como las demás. Terminada la jornada, volvió su enfermedad y debió guardar cama hasta su muerte. Para las religiosas fue el apóstol san Juan quien la sostuvo milagrosamente ese día para estar sana y poder cantar

SAN JUAN MACÍAS

En su relato autobiográfico refiere sus experiencias maravillosas con san Juan evangelista. Así podemos ver como las cosas que se cuentan de Madre Juana tienen antecedentes auténticos. Dice: *Estando yo guardando un poco de ganadillo a mi amo, llegó a mí un niño que me parecía sería de mi edad y me saludó. Dijo: “Yo soy Juan evangelista. Vengo del cielo y me envía Dios para que te acompañe, porque miró tu humildad”*. Se fue Juan, despidióse de mí y yo quedé como muchacho muy contento y, aunque lo era, muy pesaroso de la ida de mi amigo san Juan. Y acordóme que rezaba el paternóster y el avemaría. Y así lo hice y quedé muy consolado.

Después de algunos días volvió mi amigo san Juan evangelista, haciéndome muchos favores. Y cierto que me llevaba donde él quería. Díjome: “Juan, yo te quiero llevar a mi tierra”.

Y no sé cómo fue ni cómo lo diga: si fue sólo el espíritu o el cuerpo con él. Yo quedé sin los sentidos y me parece que vide (vi) y gocé de una muy hermosa ciudad con mucha luz, y los ciudadanos y moradores de ella bien vestidos y adornados. Y vide a Dios con tanta y tan grande majestad que me quisiera haber quedado allá. Y díjome mi amigo san Juan:

- *Aquella que viste es mi tierra. Y cuando te mueras, te tengo de llevar conmigo allá para que vivas para siempre.*

Siendo de veinte o más años, pasé de Extremadura a Jerez de la Frontera, cerca de Sevilla, donde entrando en un convento de Predicadores a oír misa, que serían las diez del día, habiéndola oído me llevó san Juan donde él quiso y sabe, allá muy lejos. Llevóme como otras veces a ver a Dios, donde vide tales cosas que no se pueden decir ni declarar, porque el espíritu vido (vio) la gloria del Señor. Volví en mí y quedé pesaroso de haber perdido lo que dejé. Dos veces me sucedió esto en aquella iglesia de Predicadores de Jerez de la Frontera. Y tenía terror y miedo de ir a ella por la gente que me miraba, en particular los frailes de Santo Domingo de aquel convento. Y me pedían que fuera fraile. Y no estaba de Dios que yo allí lo fuese. Determiné venirme de Jerez a Sevilla con un

mercader que venía a las Indias y concertéme con él para venirle sirviendo en ellas. Y así me recibió en su compañía.

El año 1619 me embarqué para las Indias, no con intento ni deseo de adquirir riquezas, sino para que se hiciese la voluntad de Dios en mí. Y en cuarenta días llegaron galeones y flota con buen tiempo a Cartagena.

Yo, como no era para nada ni me acomodaba a mercader ni a servir de cajero a mi amo, por no saber ni escribir ni contar (y cierto que era la voluntad de Dios ésa) díjome un día mi amo en Cartagena:

- *Hermano Juan, ya yo he visto para lo que sois en cuarenta días que ha que navegamos. Yo he menester un mozo que sepa escribir y contar, porque voy a Portobelo, a Panamá y al Perú. Vos no sois para mi propósito. Buscad amo.*

Y cierto que tenía razón, porque aquélla era la voluntad de Dios.

La voluntad de Dios era que no fuese a Portobelo ni a Panamá, como me dijo mi amigo san Juan, sino que fuese a las Indias por tierra. Y así me avié, partí con mi amigo san Juan, de Cartagena a la Barranca. Y luego hallé una canoa y fui a Tenerife, pasé a Mompoz; y de allí a Ocaña, Pamplona y Tunja, a la ciudad de Santa Fe de Bogotá. Y por el valle de Neiva con flotilla, por temor de los indios de guerra, venimos a Timaná y de allí a Tocaina y Almaguer. Luego a la ciudad de Pasto. Y al fin a Quito.

De Quito a pie y a mula, llegué a esta ciudad de Lima. De suerte que 900 leguas que hay de esta ciudad de Lima a Cartagena vinimos en cuatro meses y medio. Llegado a esta ciudad, me fui a una casa de posadas de San Lázaro. En esta casa de posadas de San Lázaro esperé a que se hiciese la voluntad de Dios, que fue servido me concertase con Pedro Jiménez Menacho para que guardase el ganado menor del matadero.

Oh, Señor. ¡Qué regalos y mercedes me hizo Dios en aquellos campos! San Juan evangelista me asistía y me acompañaba y me llevaba a donde él quería. Allá, allá, tan lejos que no sé cómo decirlo. Y esto no sé si sólo el espíritu o el espíritu y el cuerpo. Sólo sé yo que aquello que yo veía y gozaba no es decible. Ni los ojos, ni la lengua, ni las orejas lo vieron ni entendieron. Basta decir con verdad que mi compañero san Juan lo dirá, allá, allá, a su tiempo.

Estuve en este oficio de guardar ganado como dos años y medio. Y después de este tiempo fuíme a mi amo un día y díjele:

- *Hermano Jiménez: la voluntad del Señor es que yo vaya a servirle a la casa de la penitente Magdalena de los Predicadores. Dos años ha y más que le sirvo con fidelidad y verdad. Mire su Merced el libro en qué mes entré (y me acuerdo que no hicimos recaudo ni papel).*

Haga la cuenta de la soldada que me debe y dará de ella a las pobres buenas y necesitadas hasta doscientos pesos. Lo demás envíelo al portero de la casa, fray Pablo, para el convento. Yo no le he defraudado en nada. Perdóneme los descuidos que como hombre flaco habré tenido.

Víneme al convento y el bueno de Jiménez Menacho cumplió en brevedad lo prometido y mucho más, porque, dada la limosna a los pobres, envió a fray Pablo, portero, el alcance. Y después hasta que murió me envió muchas limosnas.

Yo me vide con nuevas obligaciones y pedíle a Dios que me diese fuerzas y espíritu en la Religión para que con brío, fervor y espíritu le sirviese y agradase. Y a san Juan le pedí no me desamparase. Y él lo prometió.

Estuve en la portería como un año después de la profesión, y como yo era endeble y flaquillo, como estaba casi siempre de rodillas en la oración, se me hizo en una de ellas una apostema. Y reventó en materias y curáronme cirujanos. Y siempre iba a más el dolor y la llaga no curaba. Ordenó la obediencia que me fuese a la Sierra ,que era tierra fría y sanaría luego. Porque entraban los calores y me caería cáncer en la pierna. Fuíme a una doctrina (parroquia) de un buen fraile de nuestra Orden donde él me regaló mucho y con el buen temperamento (clima) estuve como dos meses y me alivié mucho de mi mal. Mas no se me quitó la llaga hasta que supe de mi amigo san Juan, que era ya tiempo de volverme a la portería. Y fue voluntad del Señor que una mañana me hallé sano y bueno de repente de mi rodilla ³⁷.

SU MADRE MONJA

Sigamos la narración de sor María Juana. Su madre consiguió entrar en el mismo convento de su hija, aunque Juana no lo deseaba. Lo consiguió después de dos años de constantes súplicas. Ingresó el 16 de diciembre de 1604 en compañía de su criada Perpetua Piquer, que había vivido con ella los cuatro o cinco últimos años anteriores a su entrada al monasterio. Precisamente, en ese momento, la mamá de Juana no tenía dinero suficiente y Juana dio el dinero para la dote de

³⁷ Relato autobiográfico, escrito por el mismo santo san Juan Macías en 1645 y firmado por su confesor. Lo entregó al padre Juan Meléndez, quien escribió su biografía en *Tesoros verdaderos de las Indias*, tomo III, libro IV, Roma, 1682.

Perpetua y lo que faltaba para la dote de su madre. Es digno de anotar que, como en el convento había ya una religiosa de nombre Ana (tuvo su madre que cambiar su nombre y quiso llamarse sor Felicitas). Y, siendo su madre ya religiosa, fue de admirar su alegría en la obediencia y su fervor en los ejercicios piadosos, sobresaliendo en el silencio, oración y penitencia, de modo que dejaba avergonzadas a las religiosas más antiguas. Poco tiempo antes de morir, le vino una fiebre maligna de tabardillo que supo soportar con resignación. Durante su enfermedad, Juana se desveló por atender a su madre enferma. Algunas veces la visitaba y consolaba personalmente o encomendaba su cuidado a alguna religiosa. Su madre, consciente de que estaba para morir, pidió que la aceptaran a la profesión, aun sin haber cumplido el tiempo reglamentario. Y dos días antes de morir pronunció su profesión religiosa como agustina. Hizo su profesión con santa disposición para el último trance y expiró el 5 de agosto de 1605. Hay motivos para creer que Dios le reveló a Juana el momento de la muerte de su madre, pues cuando le avisaron, dijo: *Ya lo sé. Y añadió: Dios se ha dignado revelarme que mi querida madre exhaló su último suspiro en brazos de los ángeles, que la transportaron al cielo. Ved, si tengo motivos para estar resignada y tranquila. Una sola cosa me apena y es que aún he de vivir algún tiempo yo en este valle de lágrimas. Cúmplase la voluntad de Dios.*

Muerta su madre, hizo el voto que tanto deseó hacer durante años. Lo hizo en el noviciado y se lo anularon. Era el voto de no hablar a nadie de fuera del convento. Quería así evitar que vinieran a visitarla y conversar con ella y hacerle perder tiempo y distraerla de las cosas de Dios. Se trasladó a la celda más pobre del convento, aderezada con una pobre cama, una arquilla, tres cruces de palo y un crucifijo prestado. En ese rincón se sentía a su gusto como pobre y alejada de todo ruido y, sobre todo, dedicando su tiempo a hablar con Dios, a amarlo y a gozar de su amor.

EUCARISTÍA Y ESCLAVITUD

En cuando a la devoción a la Eucaristía todo lo que se diga es poco. El día que comulgaba se levantaba temprano, ayunaba, se daba disciplinas y oraba más horas. Antes de comulgar se confesaba y, si no había confesor, lo hacía con el mismo Jesús.

Los dos últimos años de su vida, pudo comulgar con permiso de sus confesores todos los días, ya que durante los demás años de su vida solo confesaba y comulgaba tres días a la semana y los días de fiesta o solemnidades. Cuando no podía comulgar sacramentalmente, hacía varias comuniones espirituales. Días especiales eran para ella aquellos en los que se exponía el Santísimo Sacramento.

Esos días estaba todo el tiempo posible ante Jesús sacramentado y solo salía de la capilla para cosas imprescindibles o actos de comunidad. Después de la Eucaristía, la Sagrada Escritura era su principal alimento espiritual. Le gustaba leer sobre todo a los profetas, los salmos y los evangelios. Especialmente se sentía feliz de leer el *Cantar de los Cantares*. Entre los evangelistas, prefería a san Juan, su amigo predilecto. Y su amor a las Escrituras santas la llevó a escribir frases especiales en papeles que colocó en las paredes de su celda para leerlas y recordarlas frecuentemente, sintiendo, al leerlas o recordarlas» que eran palabras de Dios, que le dirigía a ella personalmente.

Ella era muy devota de las llagas de Cristo y decía *en mi nidito moriré*, refiriéndose al nido donde quería vivir que era la llaga del costado de Cristo.

CONOCIMIENTO SOBRENATURAL

Juana Angela García, hija de Jaime García y de Isabel Viudes, como consta por el libro de profesiones del monasterio, había ingresado en San Sebastián y había comenzado el noviciado contra la voluntad de su padre. Ella tenía por entonces unos 20 años. Su padre era ya anciano y lamentó profundamente la decisión de la hija. Noticias sobre el dolor del padre no tardaron en llegar a oídos de la hija. Pronto la tristeza se apoderó del corazón de la joven monja y comenzó a dejarse ganar por el secreto diseño de abandonar el convento para ir a consolar al padre.

De la dura batalla que se desarrollaba en su interior nada había manifestado, ni siquiera con la tristeza en el rostro. Un buen día la maestra la llama al coro, la consuela y la invita a no dejarse dominar por la tentación, Conocedora por experiencia de lo que era el amor de una madre dejada sola en el mundo, la maestra hizo tesoro de esta experiencia y le expuso la severa doctrina de San Jerónimo a la que ella misma se había atenido cuando entró en el monasterio contra la voluntad de la propia madre. Finalmente, la predicción de lo que había de suceder: las tentaciones durarían todavía seis meses, pero ella, con la ayuda de Dios, profesaría. Más aún: su padre se tranquilizaría, la visitaría y la amaría mucho.

Los hechos sucedieron puntualmente como había predicho Sor Juana. Otro recuerdo. Era la segunda experiencia: un día Sor Juana Angela García está furiosa. Ha visto a una monja dibujar una sonrisa burlona, y da por supuesto que es por ella. La presunta ofendida decide tomar venganza y administrar justicia por propia cuenta y poner las manos sobre la atrevida. Cuando estaba ya a punto de poner por obra su diabólico proyecto, la sierva de Dios le sale al paso y la invita a seguirla a su celda. Ya dentro, le pone al desnudo sus secretos

pensamientos. Sorprendida casi in franganti, la interesada trata, no obstante, de negarlo todo. Pero la maestra sabía muy bien lo que hablaba cuando le decía: “Pobre Sor Fulana, si la hubierais encontrado antes que a mí!”. No había hecho más que salir de la celda de la maestra, cuando la novicia se encuentra frente a frente con la víctima designada... Pero ¡las cosas habían cambiado tanto en poco tiempo! La escena que tuvo lugar entonces no fue de gestos audaces..., sino de sollozos. Todo por mérito de Sor Juana.

El vicio de disculparse parece que Sor Juana Angela García lo tenía como connaturalizado. Como compensación, ante los jueces del proceso informativo para la beatificación de Sor Juana, la antigua novicia rebelde demostró una edificante franqueza, al narrar episodios que comprometían su reputación, pero demostraban en cambio la santidad de su maestra y el don de profecía que Dios le había comunicado. He aquí el tercer episodio.

Un día la testigo había cometido una faltilla en gran secreto. La cosa era de poca entidad pero, sabida, hubiera podido causar alguna desedificación en las otras. Entonces ocurre el encuentro fortuito con la maestra, que la reprende con dulzura, pero con energía. La novicia niega y se obstina en la negación. Así las cosas, a la santa monja no le queda otro camino que describírselo todo. Para tranquilizarla le hizo saber que, aunque ella lo sabía, la cosa no era conocida por las demás ³⁸.

Con mucha frecuencia, se quedaba en éxtasis, porque era tan grande su amor a Dios que con cualquier cosa su alma se elevaba y perdía el sentido. En su última enfermedad, mientras la enfermera le daba algunos remedios, se quedaba en éxtasis y lo mismo cuando le leían algún libro. Cuando volvía en sí, decía que no había oído y pedía que se lo volvieran a leer. Estando sana, muchos días se quedaba extática durante la misa y no hacía ningún movimiento de levantarse o arrodillarse a lo largo de la celebración. Y estando suspendida, aunque las moscas le picaran en el rostro, no se movía. Cuando le preguntaban algo, debían moverla para que volviera en sí y lo hacía como si volviera de un largo sueño.

En una ocasión estaba orando en la celda con otra religiosa y se quedó suspendida y se elevó del suelo unos tres palmos. Otra vez la misma religiosa entró en el coro y la encontró también elevada del suelo ³⁹.

Para encubrir sus cosas, recurría a inocentes trucos, pero no valían. Por ejemplo, para no dar a entender que había estado ya largo rato en oración antes de que la Comunidad viniera por la mañana al coro, ella se retiraba a su celda

³⁸ Alonso, pp. 166-167.

³⁹ Mancebón, p. 217.

unos minutos antes a fin de que vieran que salía de la celda como las demás. Pero el juego no le valía, porque las monjas sabían bien su necesidad de Dios y las horas que pasaba en presencia del Santísimo Sacramento, en cuya compañía las horas de su existencia pasaban como un sueño. Sobre la fugacidad de estas horas de oración hace mención Sor Juana en varios pasos de su Diario.

Hemos dicho que las hermanas de hábito de Sor Juana observaban todo, no obstante sus inocentes estratagemas para ocultar los favores divinos que recibía. Así sabemos que una de ellas en cierta ocasión en que hacía lectura espiritual a la Venerable en su celda, al observar que había quedado arrobada, para probar si era verdad o no, estuvo por espacio de casi media hora cometiendo errores de bulto en la lectura, sin que la sierva de Dios lo advirtiera (Sor Ana María Pastor); otra dice que en cierta ocasión no se enteró de la toma de hábito de una religiosa, ceremonia que había tenido lugar junto al sitio donde ella estaba en oración en el coro, no obstante las oraciones y cantos que acompañaron la ceremonia (Sor Mariana Torres); otra penetró en su celda en cierta ocasión, cuando era maestra de novicias, y la halló con los brazos cruzados ante el pecho y la vista recogida, sin enterarse de la religiosa que había entrado en su celda (Sor Juana Angela García); la misma Sor Mariana Torres dice que cuando estaba en oración, en tiempo caluroso, se le posaban muchas moscas sobre el rostro y no las espantaba; y así en numerosos detalles. Interesante la experiencia de Sor Arcángela Gil, que se propuso expiarla en el coro para saber cuántas horas estaba de rodillas. La experiencia dio como resultado que al menos en aquella ocasión la sierva de Dios había durado seis horas seguidas de rodillas. “Y esto lo sabe la testigo —declara ella— porque expresamente quiso quedarse allí para verlo con sus propios ojos ⁴⁰.

DON DE PROFECÍA

Arcángela, hija del Dr. Gaspar Gil, había nacido en 1579 y era, por tanto, cuatro años más joven que Sor Juana Guillen, su paisana. De las declaraciones de Arcángela se deduce que se conocían y estimaban cuando estaban en el siglo. En 1595 Arcángela contaba 16 años y gustaba de lucir sus galas y arreglarse con elegancia, teniendo propósito de casarse cuando llegara el momento. Un día se encuentra con Juana en casa de Ana Ramírez. Se habló amigablemente y, tal vez al despedirse, la hija del Dr. Gil pidió a su amiga que la encomendase a Dios. La piadosa joven responde al punto segura de sí misma: “Calla, por favor, hermana, y encomiéndate a Dios, que no has de permanecer en este estado ni has de casarte, porque Dios te tiene destinada a otro estado

⁴⁰ Alonso, pp. 104-105.

mejor, en el que recogerás abundantes frutos. Graba en la memoria lo que ahora te digo, porque de ello volverás a recordarte un día cuando yo te lo pregunte”.

En 1597, Juana, con sus 21 años bien cumplidos, entró en el monasterio de las agustinas. Transcurrieron todavía otros nueve sin que por la mente de Arcángela pasase la más lejana idea de hacerse monja. Pero un día, contra toda expectativa, surgió de improviso el deseo de entrar en el monasterio donde vivía Juana. Tenía 26 años.

Del propósito pasó a las obras. Secretamente comenzó a tratar de su entrada en San Sebastián. Al fin vio cumplidos sus deseos: era por agosto de 1606. El día de su ingreso la sierva de Dios la felicitó efusivamente.

Al principio la novicia se sintió feliz. Pero pronto debía llegar la hora de la tristeza. El día de la primera nube fue precisamente el escogido por Sor Juana para evocar el viejo recuerdo. La sierva de Dios toma a su antigua amiga por la mano, la conduce a su celda y allí le trae al recuerdo el anuncio profético del lejano 1595. La santa monja aprovecha el momento y la anima a superar las tentaciones, pero le asegura que profesaría y aprovecharía mucho en las vías del Señor.

Pasaron de nuevo los días. Al quinto mes del noviciado la crisis estalló con mayor violencia. Una ocasión banal, una ligera contrariedad la puso al borde de la clausura. Tanto que tenía pedida su ropa y sus cosas para salirse. Entonces Sor Juana renueva el prodigio. Entra en la celda de Arcángela, se arrodilla a sus pies y, dejando libres a las lágrimas, le habla con acentos que brotaban desde el fondo del alma.

La tentación de abandonar el monasterio cede, pero queda el rescoldo de la venganza en el corazón de la novicia. Sor Juana lo sabe y la exhorta a no hacer caso de la tentación, asegurándole que en el término de media hora quedaría libre de ella. Así fue. A partir de aquel día el sol de la alegría volvió a iluminar su espíritu. En 1616 Sor Arcángela Gil recordaba todavía aquella escena con la claridad de una peligrosa aventura concluida felizmente en un día de primavera.

Si Sor Juana Angela García y Sor Arcángela Gil debían a la sierva de Dios la salvación de su vocación en un momento de crisis, Sor Francisca March le debía la aseguración de que ella no sería despedida del convento. He aquí su historia.

Nacida en Callosa de Segura —un pueblecito a seis kilómetros de Orihuela— hacia 1586, Sor Francisca March había entrado en el monasterio en

tierna edad y había iniciado el noviciado, bajo la dirección de la sierva de Dios, hacia 1602 con los 16 años apenas cumplidos. Terminado el año canónico de prueba, el capítulo conventual prolongó el tiempo del noviciado en espera de que su padre se presentase en el monasterio a pagar la dote de la hija antes de admitirla a la profesión. Los meses corrían y estaba a punto de cumplirse otro año, cuando las monjas, en vista de la negligencia del padre, determinaron mandarla a casa. Feliz Sor Francisca en su vida como religiosa, puede imaginarse su dolor al saber el destino que la esperaba. Bañada en un mar de lágrimas narró a la santa maestra su desventura. Una vez más la sierva de Dios tuvo el don de tranquilizarla, revelándole así el futuro: “*Confiad en Dios, que seréis monja y profesaréis. Y esto será tan cierto como lo es que yo soy monja profesa*”.

Por supuesto, los sucesos dieron una vez más la razón a la sierva de Dios. Sor Francisca vivió en el monasterio hasta el día de su muerte que ocurrió el 13 de noviembre de 1647.

Pero Sor Francisca tuvo modo de comprobar una vez más el don profético de su maestra de noviciado con ocasión de un escrúpulo de conciencia durante el mismo año de noviciado. El caso fue como sigue.

Era un día de Fiesta, acaso el día de Santiago, precisa con una cierta inseguridad en cuanto a este detalle la testigo. Era día de comunión general para la comunidad. Una insignificancia la turbó profundamente y, fácil víctima de los escrúpulos, decidió no confesarse ni comulgar aquel día. De pronto se encuentra con la maestra que le pregunta, sin más, si se ha confesado. Sor Francisca primero duda, luego niega y aduce el pretexto de no haberlo hecho porque, al enjugarse la boca, había tragado un poco de agua. El truco hubiera funcionado con otra, pero no valía con la sierva de Dios que leía lo que pasaba dentro. Oída la respuesta, la maestra la ordena acercarse a comulgar, no obstante todo, sabiendo bien que se trataba de una excusa. Descubierta, la novicia obedece, se confiesa y comulga. Después de la comunión se reanuda el diálogo entre la maestra y la discípula: “*¿De qué tentación se trataba hoy?*”. La joven interpelada vuelve a la carga e insiste en lo del agua mientras se enjugaba la boca. La sierva de Dios al fin le manifiesta con claridad todo y le recomienda estar atenta y no dar oídos al demonio, sabiendo bien de qué se había tratado.

Todavía el mismo año en que murió Sor Juana, tuvo ocasión de avisar proféticamente a esta misma religiosa de que había de sufrir grandes penas. En el momento de declarar ante los jueces, Sor Francisca no podía menos de recordarlo y confirmar cómo se había cumplido la predicción, lamentando sólo,

aunque tarde, el no haber hecho mejor caso de los consejos de la santa maestra⁴¹.

PROVIDENCIA DE DIOS

De la confianza de Sor Juana en la divina providencia hubo más de una demostración palpable en la vida de la comunidad agustiniana de Orihuela. La Priora, Madre Jerónima Francés, creyó conveniente concluir sus declaraciones ante los jueces del proceso de beatificación de Sor Juana contando el caso siguiente. En cierta ocasión hubo una gran carestía en Orihuela por haberse desbordado tres veces en un año el río Segura, arrasando la campiña. El P. Mancebón, que fue testigo de vista por haber tenido que ocuparse en varias ocasiones de buscar trigo para las monjas, completa la narración de la Madre Francés y subraya que la situación era tan apurada que se veían obligados a ir en busca de trigo a Castilla. El trigo llegó a costar la exageración de 14 ducados el caíz y aún así no se encontraba, y pagándolo, parece que os hacían limosna”. “Los días que esto duró —continúa él— se padeció mucho, y más las monjas, que viven entre cuatro paredes”.

Una noche la Priora estaba muy afligida por no tener ni trigo, ni pan con qué proveer a las monjas al día siguiente. Todas las subsistencias de la casa se reducían a poco más de dos onzas para repartir entre un número discreto de religiosas. La Madre Francés no era de Orihuela y conocía pocas personas en la ciudad, a las cuales había acudido ya inútilmente. Consumida de pena estaba y convencida de que aquella noche no lograría conciliar el sueño, cuando llama a la puerta de su celda y entra sor Juana, que había venido a conocer la situación en que se encontraban. La sierva de Dios animó a la Priora a esperar en el Señor y a ir a dormir confiada. Aquella noche la Superiora oyó en sueños una voz que le decía: “En aquella arquilla que está en la iglesia hallarás ocho reales”. “Despertó y conoció que era sueño —dice el Padre Mancebón—; con todo, levantadas, envió a buscar el dinero y hallaron que eran justamente los ocho reales, y aquellos y no más eran los que había menester aquel día” ⁴².

Con aquella provisión se arreglaron de momento. En la tarde del mismo día les proveyeron de más, y en adelante no les faltó nunca. Dios había dispuesto que la situación se hiciese angustiosa para recordarles la providencia divina.

APARICIÓN DE JESÚS

⁴¹ Alonso, pp. 168-170.

⁴² Mancebón, pp. 73 y 360.

Con el sistema de contar como cosas sucedidas a «un alma», se vino a saber también una aparición importante de Nuestro Señor a la sierva de Dios. Ella se lo refirió a sor Juana Angela García cuando era novicia suya. Paseando un día esta religiosa con su Maestra sor Juana por un sendero de mirtos en la huerta del convento, la sierva de Dios le contó cómo el Señor habíase aparecido a un alma muy devota de la Pasión con la cruz auestas, todo ensangrentado y extenuado por la fatiga. Movida a compasión al verde de tal manera, aquella alma pidió al Señor permiso para besar sus pies, gracia que le fue concedida.

La sierva de Dios añadió luego a sor Juana Angela: “Considerad vos cuál quedaría aquella alma, con qué consuelo y con qué dolor; qué pesar tendría de haber ofendido a un Dios tan bueno. Mirad, cuando vos salgáis a la huerta y os paseéis por esta calle de mirtos, acordaos de la Pasión del Señor y de su cruz. Porque el huerto donde vio aquella alma al Señor haced cuenta era como éste”.

Estas últimas palabras son harto significativas. El episodio que acabamos de narrar de la vida de sor Juana Guillén ha quedado muy vivo en la tradición del monasterio. Todavía hoy, después de tres siglos y medio, se conserva en la huerta del monasterio de San Sebastián uno de aquellos mirtos, donde el Señor con la cruz auestas se apareció a su sierva.

Las hojas de este mirto han hecho bien con frecuencia a los devotos de la sierva de Dios en sus enfermedades ⁴³.

CARIDAD

Cuando Juana Guillén entró en el monasterio de San Sebastián su caridad continuó prodigándose todavía con las personas de fuera en la manera que podía. Parte de sus rentas y todo lo que sacaba del trabajo de sus manos, autorizada para ello debidamente, iba siempre a parar a manos de necesitados. Confeccionaba dulces que mandaba a personas pobres, enviaba vestidos, proveía de cuanto estaba en sus manos. Y cuando sus rentas no alcanzaban, como expuso Sor Ana Ocaña en sus declaraciones y repiten varias religiosas, buscaba ayuda fuera, mandando recados a personas honradas y pudientes que sabía ella podían colaborar.

El P. Mancebón, primer biógrafo de la sierva de Dios, ha podido publicar en su biografía una de estas cartas para darnos a conocer su estilo en esta materia. La carta en cuestión estaba dirigida a una dama de la ciudad, a la cual pedía 20 reales para completar, con otros 30 que ya había recogido, la suma de 50 reales necesarios para poder comprar un hábito a una religiosa del

⁴³ Alonso, pp. 98-99.

monasterio de San Sebastián, la cual era pobre y no era de Orihuela, y carecía de familiares que le dieran una mano para cubrir sus necesidades ⁴⁴.

Otra cosa interesante es anotar que, cuando le pedían algo por amor de Dios, siempre lo concedía ⁴⁵.

PACIFICADORA

La Superiora, Madre Jerónima Francés, declaró haberse visto libre de mil fastidios gracias al don de pacificación de Juana. Dos palabras suyas bastaban para restablecer la paz en las pequeñas e inevitables discordias que alguna vez surgían en el monasterio.

Sor Eufrasia Montañés describe con mayor detalle el estilo pacificador de la Venerable y cuenta cómo ella misma hizo alguna vez de recadera para llamar a la celda de Sor Juana a las monjas que era preciso pacificar. Otras veces era la sierva de Dios quien iba a la celda de las interesadas. Una vez en presencia de ellas, no las dejaba marchar hasta haberse abrazado y perdonado mutuamente. Y cuando no era posible reunir las a ambas, sino a una sola, no la dejaba marchar antes de haber prometido el perdón y la pacificación sucesiva.

Sor Juana procuraba el mayor bien a sus hermanas de hábito no sólo con sus palabras —exhortando, invitando a la virtud, pacificando— sino también con sola su presencia y su ejemplo. Esto lo testifican unánimemente todas las que la conocieron. sor Isabel Balaguer confiesa ser una de las que sor Juana cambió de tibia en fervorosa; otra fue sor Cecilia Navarro, que recibió además ayuda material de la sierva de Dios. Su presencia inspiraba recogimiento y compostura. Al parecer, no se podía estar junto al fuego sin abrasarse ⁴⁶.

CON LOS ENFERMOS

Un aspecto de su caridad fraterna eran las visitas a las enfermas, su servicialidad en esas ocasiones y el consuelo que las proporcionaba. Sor Catalina Belmont recuerda cómo en cierta ocasión, estando ella con grandes dolores, sin luz, a media noche se presentó inesperadamente la sierva de Dios en su celda y la consoló. Para Sor Catalina, la Venerable era como un ángel

⁴⁴ Mancebón, p. 97.

⁴⁵ Ib. p. 76.

⁴⁶ Alonso, p. 86.

mandado del cielo para consolarla. Sor Mariana Torres puntualiza que esta caridad la practicaba aún cuando ella misma, Sor Juana, se encontraba enferma.

Sor Mariana Torres aseguró que, cuando había alguna religiosa agonizando, no la abandonaba, sino que se arrodillaba a la cabecera y la consolaba y ayudaba a bien morir. Sor Mariana no había olvidado todavía, en el momento de deponer ante los jueces del proceso, la exquisita caridad que Sor Juana había tenido con ella, cuando, estando enferma en cierta ocasión, se había pasado toda la noche —una noche calurosa de verano— velándola y dándole aire con el abanico hasta que, al alba, tocaron a “Prima”⁴⁷.

También tenía un tacto especial para consolar almas afligidas. Sor Arcángela Gil, religiosa en San Sebastián e hija del médico del monasterio durante todo el tiempo en que vivió en él Sor Juana, confiesa deber a ella la perseverancia en la vocación religiosa. Cuando ella se hizo monja, unos diez meses antes de la muerte de Sor Juana, la afligieron horribles tristezas y estuvo a punto de abandonar el camino emprendido. Pero providencialmente el trato con Sor Juana, a cuya celda iba unas veces por deseo propio y con permiso de la maestra, otras mandada expresamente por la misma maestra, la serenó y la ayudó a superar sus dificultades.

Pero no se vaya a creer que la sierva de Dios practicó la caridad sin dificultades y pasando de triunfo en triunfo. En alguna ocasión a su caridad se correspondió con desaires. La cosa es muy humana. Pero aún entonces el amor buscaba modo de sacar partido y, como enseña San Pablo, vencía el mal con el bien. Sor Francisca March presenció un caso en que una religiosa trató mal a sor Juana. Ella la trató con dulzura y terminó por cambiarla y hacerle arrepentirse⁴⁸.

El 21 de septiembre, festividad de San Mateo, siempre con permiso y en presencia del confesor y de la Superiora, Sor Juana Guillen, después de haberse preparado fervorosamente, hizo un segundo voto de renunciar a todo cuanto tenía a su uso, para poder vivir en la más absoluta y rigurosa pobreza.

El episodio lo ha contado también brevemente en sus declaraciones la Priora, que confiesa haber derramado abundantes lágrimas al ver el fervor de aquella religiosa. Hecho el voto, aquella misma tarde, la sierva de Dios, ayudada por otras religiosas, llevó a la celda de la Superiora todo cuanto tenía en la suya, a saber, rentas, vestidos, alhajas, objetos incluso piadosos. Entre

⁴⁷ Ib. pp. 86-87.

⁴⁸ Ib. pp. 87-88.

ellos llevó también —y éste fue para ella el mayor sacrificio— un hermoso cuadro de San Juan Evangelista, que ella misma había mandado pintar y hacia el cual sentía tanto apego por ser grande su devoción al santo. Dicho cuadro se conserva todavía hoy en el monasterio de Orihuela y constituye una reliquia y un recuerdo del heroico sacrificio que hizo al despojarse de él su antigua poseedora.

En cuanto a las rentas conviene tener en cuenta la mentalidad de entonces y la práctica del voto de pobreza tal como se usaba en los monasterios por aquella época. Como explica el P. Mancebón en la biografía de sor Juana, ella, siguiendo el consejo de prudentes sacerdotes, había reservado para sí en su testamento una cierta cantidad de rentas, «para las necesidades que las monjas padecen». Habiendo quedado dichas rentas en usufructo de su madre Ana Ramírez mientras viviese, se comprende muy bien cómo, en el preciso momento en que Sor Juana podía empezar a gozar de ellas después de la muerte de la madre, fue precisamente cuando quiso despojarse de ellas “renunciando a las alhajas que tenía... a las ropas, retratos (y) hasta de papelitos que tenía por las paredes los quitó” ⁴⁹.

ENFERMEDAD Y MUERTE

Las enfermedades de sor María Juana se agudizaron y el 6 de agosto de 1606 empezó a sentirse grave; pudo, sin embargo, por la fuerza de su voluntad ir tirando en pie hasta el 5 de noviembre, día en que cayó postrada en cama, de la que ya no volvió a levantarse, sino como por milagro el día de San Juan Evangelista y el de la Anunciación de Nuestra Señora.

Durante el curso de la enfermedad tuvo que sufrir terribles tormentos en el cuerpo y en el alma; en el cuerpo cauterios de fuego aplicados al estilo de la cirugía de su tiempo, y además otras penosas intervenciones quirúrgicas. En el alma, porque, para prueba de su virtud, permitió el Señor sufriese una enfermedad secreta en la que aceptó por obediencia la intervención del médico con dolorosas curaciones y mayores torturas del alma, pues, como ella aseguraba, de no intervenir la obediencia, hubiera ella preferido de mil amores morir. Durante las curaciones, no se oía un lamento de su boca y parecía estar totalmente absorta en Dios.

Tan terribles eran los ardores de su fiebre, que en el rigor del invierno había que abrirle puertas y ventanas con menguado alivio: ella misma, respondiendo a la pregunta de la M. Priora, dijo: “Me parece que estoy ardiendo y consumiéndome en medio de vivas llamas” Por el contrario, en el

⁴⁹ Alonso, p. 68.

rigor del verano sentía un frío tan grande, que no podía tomar ni un poco de caldo. Pero todos sus tormentos eran insuficientes para saciar su sed de más padecer.

Durante el curso de su enfermedad fue la edificación y consuelo de sus hermanas; ninguna entraba en la celda de la sierva de Dios que no saliese compungida, asombrada y mejorada. Pero cuanto ellas deseaban el bien de la conversación de sor María Juana, otro tanto suspiraba ésta por la soledad para tratar solamente con su celestial Esposo ⁵⁰.

Acercándose el fin de su vida hizo que le leyesen la Pasión de Jesús, interrumpiéndola frecuentemente para meditarla y saborearla con detenimiento. Las religiosas querían hablar con ella y recibir sus consejos, pero ella les dijo: Este no es tiempo, amadas hermanas, para tratar con nadie sino con el esposo a solas. Ahora es hora de orar, por caridad sálganse todas de la celda.

Después de una hora, regresaron las religiosas y la hallaron con el rostro transformado como el de un ángel. Puestas todas de rodillas en el momento oportuno, rezaron las preces de los agonizantes y con una paz y suavidad dulcísimas, en un suspiro de amor, salió aquella alma pura de su cuerpo para volar al cielo. Murió el 2 de junio de 1607 a los 31 años de edad, la víspera de Pentecostés, día en que suspiraba por morir.

Apenas falleció, numerosas personas de fuera, nobles y distinguidas, mandaron pedir cosas que le habían pertenecido. Sus papeles, ropa personal, hábito, cilicio, etc., eran tenidos como reliquias en gran estima. Sor perpetua se encargó de distribuir algunos de sus objetos personales a las personas de fuera e incluso a religiosas de otros conventos.

CURACIONES POR SU INTERCESIÓN

En enero de 1616, cuando hacía pocas semanas que había comenzado el proceso diocesano para la beatificación de Sor Juana, una novicia de la sierva de Dios, Sor Juana Angela García, consiguió la salud, seriamente amenazada por unas tercianas peligrosísimas, pocas horas después de haber colocado al cuello una reliquia que le había prestado otra religiosa del mismo monasterio. Sobre las circunstancias de esta curación, considerada milagrosa, deponen, además de la interesada, las religiosas Sor María Monte, la que prestó la reliquia a la enferma, Sor Mónica Balsola, la enfermera que se la procuró, y Sor Sebastiana García, que fue testigo del hecho. Todas ellas, excepto la monja

⁵⁰ Fariña, p. 43.

curada, eran jóvenes y no habían conocido a la Sierva de Dios, pero le profesaban una gran devoción por la fama de santidad que de ella había en el monasterio.

Otra curación atribuida a la sierva de Dios fue la que experimentó Ana Marques, esposa de Pedro Rocamora, afligida de calenturas y dolor de costado. Mediante la aplicación al costado de un fragmento de uno de los cilicios que había usado la sierva de Dios, encomendándose a ella fervorosamente, al punto quedó aliviada. De este presunto milagro la agraciada testificó ante los jueces del proceso el día 13 de enero de 1617, pocas semanas antes de la conclusión del mismo.

A Ana Marques le había procurado la reliquia su cuñada Ana Soler, la cual fue igualmente instrumento de otra curación considerada milagrosa. La beneficiada de esta curación fue una criada suya, llamada María Ana, y la reliquia usada en esta ocasión fue un trocito de madera del ataúd en el que reposaba la sierva de Dios. De ambos hechos testifica, a su vez, Ana Soler en la misma sesión del 13 de enero de 1617, recién mencionada.

Sobre ambas curaciones depone también D. Pedro Rocamora, el cual refiere a su vez la curación, siempre por intercesión de la sierva de Dios, de una hija suya, herida en una mano, mediante la aplicación de una estampa de la Venerable.

Otra curación prodigiosa, de la que fue testigo el P. Mancebón y la narra en su biografía de la sierva de Dios, fue la que experimentó en la noche entre el 10 y el 11 de abril de 1616 el P. Pedro Gilabert, anciano sacerdote agustino del convento de Orihuela. Aquejado desde hacía más de cinco años por once llagas profundas y dolorosas que tenía en sus piernas y en su cuerpo, éstas le producían tales dolores que durante las noches no cesaba de gemir, turbando el sueño de los religiosos, como lo había comprobado muy bien el biógrafo de Sor Juana, su vecino de celda. Acordándose de su santa paisana y hermana de hábito, que a tantos curaba, en la noche del 10 de abril el P. Gilabert se encomendó a ella fervorosamente y aplicó a sus heridas una estampa de la sierva de Dios. Hecho esto, pudo dormir plácidamente y a la mañana siguiente apareció con las heridas —que eran como grandes agujeros, precisa el P. Mancebón— perfectamente cerradas y secas, identificables sólo por las cicatrices que habían dejado.

Gran impresión debió de causar en Orihuela, entre los devotos de la sierva de Dios, la curación de la niña Josefa Rosina, hija de Juan Escalona e Isabel Sánchez. Huérfana de madre, la niña, que no contaba sino tres años y ocho meses, había sido encomendada a los cuidados de su tía Juana Talona.

Desde hacía seis meses la niña había comenzado a sufrir anomalías psíquicas, que a primeros de diciembre de 1615 degeneraron en fuertes ataques de epilepsia.

El 15 de diciembre de dicho año, el P. Mancebón, que por aquellas fechas se ocupaba de promover el proceso de la sierva de Dios en Orihuela, acompañado del hermano de obediencia Fr. Luis Francés, fue a celebrar misa en la iglesia de San Miguel, en lo alto de la montaña que domina la ciudad, donde hoy está el seminario y donde a principios del siglo XVII había un eremitorio o recogimiento de beatas o beatorio. Allí estaba por aquellos días Juana Talona, que había llevado consigo a la niña Josefa Rosina. Conversando con el P. Mancebón, le contó la extraña enfermedad de la niña. El Padre ofreció a la terciaria dominica una estampa de Sor Juana y le prestó una reliquia para que se las aplicase a la enferma. Así lo hizo Juana Talona y la niña quedó perfectamente curada. La niña por su parte afirmó con resolución que la había curado Sor Juana, la cual se le había aparecido dos veces, la había abrazado y besado y la había exhortado a ser buena ⁵¹.

Las virtudes de Juana fueron declaradas heroicas por el Papa Pablo VI el 19 de noviembre de 1970. En el decreto correspondiente se dice: María Juana Guillén sobresalió realmente por el espíritu de continua oración y durísima penitencia. Antes de hacerse monja de la Orden de San Agustín, dio ejemplo de vida religiosísima a sus conciudadanos, dándolo después a las monjas de su monasterio.

Su Proceso de canonización sigue adelante y esperemos que pronto nuestra Venerable sea declarada santa para gloria de Dios, de la Iglesia, de España, de la Orden agustiniana y del mundo entero.

CONCLUSIÓN

Después de haber leído estas dos pequeñas biografías de ambas místicas agustinas, podemos alabar a Dios por haberlas escogido desde toda la eternidad para ser santas y haberles dado las gracias necesarias para ello. Por supuesto que nadie es santo sin su colaboración a la gracia de Dios, pero también es cierto que Dios tiene para cada uno un proyecto de vida o vocación personal diferente de otros. Dios no hace fotocopias, Dios no se repite. Cada persona es totalmente distinta y Dios tiene para ella un plan de vida personal e intransferible.

⁵¹ Alonso, pp. 185-186.

Pueden leer todos los libros del autor en
www.libroscatolicos.org

BIBLIOGRAFÍA

- Alonso Carlos, *Una gloria del Levante español, Postulación de la orden agustiniana*, Roma, 1971.
- Aparicio López Teófilo, *Beatriz Ana Ruiz, gloria insigne de Guardamar*, Ed. Estudio agustiniano, Valladolid, 1989.
- Boix Matías, *Sermón fúnebre sobre la sierva de Dios Beatriz Ana Ruiz*, Valencia, 1736.
- Fariña José Agustín Fariña, *Venerable María Juana Guillén*, Ed. Estudio Agustiniano, Valladolid, 1991.
- Lajodice, *Vita della venerabile Madre suor Maria Giovanna Guillen*, Bologna, 1896.
- Mancebón Gaspar, *Vida de la Madre sor Joana Guillén*, Orihuela, 1617.
- Montesinos Pérez José, *Historia de Guardamar*, 1795.
- Pavón-Buitrago José María, *Tesis doctoral sobre la villa de Guardamar*.
- Pérez Tomás, *Vida de la Venerable Madre sor Beatriz Ana Ruiz*, mantelata profesas de la Orden de NGPS Agustín, Valencia, 1744.
- Rodríguez Tomás, *Vida de la V. Madre sor Juana Guillén*, Madrid, 1894.
- Sacra Congregatio Rituum, *Positio super virtutibus*, Roma, 1968.
- Sanz Atilano, *Historia de los Agustinos españoles*, Ed. Senén Martín, Ávila, 1948.
- Vela Santiago, *Vida de la Vble. Madre sor Beatriz Ana Ruiz*, Valencia, 1922.
- Vidal Tur, Gonzalo, *Un obispado español el de Orihuela Alicante*.

